

## La entrevista con monseñor Fesch

Coindre había subido con paso largo y decidido la pendiente de la Croix-Rousse. Ahora, en la cima de la colina obrera de Lyon, enfilaba el paseo que conducía a la Maison Carré, una enorme casa de piedra que, en sus tiempos, había servido como hospedería de la Cartuja de Nuestra Señora de Lys del Santo Espíritu, o simplemente, la Cartuja de Lyon.

Cuando Andrés llegó a la gran puerta de madera cuidadosamente trabajada, se detuvo un momento y respiró profundo. Compuso rápidamente su ropa y pasó sus manos por el desordenado cabello, en un intento vano de domar algunos bucles rebeldes. Tenía 24 años, era alto, de porte atlético, rostro inquieto y mirada inteligente. Las vecinas de su barrio de Saint-Nizier decían que era una pérdida para el sexo femenino que semejante joven estuviera destinado para la iglesia.

Abrió la puerta el Padre de Bonald, el joven secretario que monseñor se había traído de París.

–Buenos días Coindre, le estábamos esperando.

–Buenos días, Padre de Bonald –dijo Coindre con una leve inclinación de respeto, a pesar de que el secretario de monseñor era más o menos de su edad.

–Acompáñeme, por favor.

Caminaron por un amplio pasillo cubierto por una sobria bóveda gótica. A lo largo de la pared izquierda se abrían sucesivas salas en las que estaban trabajando obreros que acondicionaban las estancias. La parte derecha la ocupaba un claustro de inspiración monástica, pero demasiado pequeño y oscuro como para ser el remanso de paz y de oración con el que sueñan los monjes. Cuando llegaron al fondo del pasillo, de Bonald abrió una puerta e ingresaron en una sala excelente, luminosa, ricamente adornada con hermosos cuadros y tapices que cubrían las paredes.

–Espere aquí, enseguida viene monseñor –dijo de Bonald cerrando la puerta tras de sí y dejando a Coindre solo en la gran habitación.

Esa misma mañana, en el seminario mayor de San Ireneo donde residía desde hacía tres años, Coindre había recibido una nota escrita que decía: “Monseñor desea entrevistarse con usted. Quiere examinar sus intenciones antes de la ordenación sacerdotal del próximo 12 de junio. Le espera en su casa de la Croix-Rousse esta tarde a las cuatro. Firmado. De Bonald. Secretario”.

Pero volvamos a Andrés, que se había quedado inmóvil, como anonadado por la grandiosidad y la riqueza de la estancia. Sabía que monseñor Fesch, tío del emperador por parte materna, era un gran aficionado al arte y que compraba todo lo que podía, que era mucho, teniendo en cuenta su posición cercana a los centros del poder y del dinero. Pasaron unos minutos y, de improviso, se abrió una puerta en la que no había reparado, situada en el otro extremo de la sala. Sin ninguna ceremonia, entró el propio cardenal, vestido con una sencilla y raída sotana negra, sin más aditamento que un cingulo de cordón que ceñía su cintura.

–Siéntese, Coindre –le dijo Fesch indicándole una silla junto a la mesa situada en la luz de una ventana.

Solo había visto al cardenal en dos ocasiones. La primera, en la catedral de San Juan, presidiendo el oficio de solemnidad y, la otra, en una visita protocolaria al seminario del San Ireneo. En ambas ocasiones llevaba hábito rojo con sobrepelliz de lino blanco y una muceta de

terciopelo, también rojo, en la que destacaba el brillo de la Legión de Honor, la principal condecoración del Imperio concedida por su sobrino el emperador. Ver ahora al cardenal con tan sencilla indumentaria le causó una agradable extrañeza.

Monseñor tomó una silla del centro de la sala y la acercó a la mesa donde, obedeciendo a la orden perentoria, ya se había sentado el joven Coindre.

—¿Por qué quiere usted ser sacerdote? —le espetó Fesch a bocajarro.

—¿Cómo? Bueno... —titubeó el joven—. Porque he sentido la llamada de Dios para dedicarme a su servicio y...

—Bien, bien —interrumpió Fesch—. Eso está muy bien, pero explíqueme de qué manera ha sentido esa llamada.

Coindre pareció dudar durante algunos momentos y bajó ligeramente la mirada hasta que una especie de luz interna se reflejó en su rostro y desbordó por los labios.

—Como usted sabe, monseñor, llevo tres años en el seminario de San Ireneo. Antes estuve en L'Argentiére, el seminario menor, y si bien es cierto que allí tuve algunas dudas sobre mi vocación, ahora mi visión ha cambiado por completo. Disfruto de cada una de las clases de filosofía y teología, me dedico al estudio con pasión porque creo que el apóstol de hoy tiene un campo al que debe acudir armado con las mejores armas de la ciencia. Como mi admirado San Ignacio, leo vidas de los santos buscando los ejemplos que pueda imitar. Me es especialmente querido el modelo que nos dejó San Vicente de Paúl.

El joven interrumpió momentáneamente su discurso para tomar aliento de las frases que parecían salir directamente de su alma. Monseñor permaneció inmóvil en su silla, esperando la continuación de las palabras apasionadas del joven.

—Estudio la oratoria sagrada francesa, especialmente a Bossuet, y cada día tomo notas para mis futuros sermones en los que combatiré la terrible ola de ateísmo que nos aplasta. Voy a menudo a Saint-Nizier, mi parroquia, a echar una mano en lo que me piden y colaboro de manera especial en llevar la religión y Dios a los niños abandonados que encuentro en las calles desdichadas de nuestra ciudad.

—¿Reza usted? —interrumpió el cardenal de nuevo.

—Los siento, monseñor. Puedo parecerle un presuntuoso y con razón. Le he hablado de todo menos de lo más importante —dijo Coindre con una breve sonrisa como de disculpa—. No puedo mostrar a las gentes a quien no conozco. Por eso, cuando llegué a San Ireneo, me hice el propósito de pasar todos los días al menos una hora delante del Santísimo, además de los ejercicios comunitarios. Tenemos en la capilla una hermosa estatua del Sagrado Corazón que atiende diariamente mis desvelos.

—Muy bien, Coindre. Otra cosa. Me ha hablado antes de su gusto por la oratoria sagrada. Sus superiores me han dicho que parece tener cualidades para la predicación. ¿Le gustaría un curso especial en esta materia?

—Sería un sueño para mí, monseñor. Pero no quisiera renunciar por ello a trabajar en una parroquia donde pudiera evangelizar a las gentes y ayudar a los pobres.

—Bueno joven —dijo Fesch levantándose del asiento—, hablaré con el vicario para ver si podemos encontrar un lugar donde haya niños y pobres, y que esté cerca de Lyon para que usted pueda formarse en la predicación. Espero que no sean demasiados campos de apostolado para alguien tan joven. Confíemos en Dios, que él proveerá.

Coindre se levantó del asiento sin encontrar palabras para responder a las del arzobispo que, sin añadir nada más, había emprendido su camino hacia la puerta por donde había entrado. Coindre se quedó un rato de pie, pensando en los términos de la conversación y sin llegar a decidir si sus palabras habían sido acertadas o no. Al cabo de unos minutos entró el secretario de Bonald.

–Queda poco tiempo para su ordenación, Coindre. Monseñor cree que su formación es suficiente para afrontar los nuevos compromisos. Tiene muchas esperanzas puestas en usted. No las defraude.

–No lo haré. Pondré todas mis fuerzas en ser...

Se detuvo, sonrió y siguió a de Bonald que ya se encaminaba hacia la puerta de salida de la Maison Carré de la Cartuja de Nuestra Señora de Lys del Santo Espíritu de Lyon.